



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© 2018, Nando López

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-319-1

Depósito legal: M-22.845-2018

Printed in Spain - Impreso en España

Quinta edición: febrero de 2020

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega  
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**NADIE**

**N** **NANDO LÓPEZ** **NOS**

**OYE**

loqueleg



*A mis sobrinos, Érika y Sergio,  
que siempre suene libre  
y valiente vuestra voz.*



*Y será preciso no olvidar la lección:  
saber, a cada instante, que en el gesto  
que hacemos hay un arma escondida,  
saber que estamos vivos aún.  
Y que la vida todavía es posible, por lo visto.*

Jaime Gil de Biedma  
«Por lo visto», *Las personas del verbo*





**10 de diciembre**

**Las imágenes**



Llevo tantos años inmersa en la violencia que cada vez me cuesta más creer que sea evitable. Intento no perder la fe en mi trabajo, aunque la realidad me lo ponga difícil y me obligue a enfrentarme a imágenes como la del cadáver que ha descubierto la policía esta madrugada y que, ahora mismo, soy incapaz de quitarme de la cabeza.

Cuando empecé a trabajar en este club deportivo, hace apenas tres meses, no podía imaginar que iba a acabar viviendo un horror así, aunque tampoco sería honesta si no admitiese que muy pronto intuí que podría suceder algo que, de alguna manera, acabase sobrepasándonos a todos. Quizá por eso Víctor acudió a mí, porque él, como presidente del Stark, sí tenía claves que no quiso transmitirme o que, a lo mejor, eran ideas tan vagas como mis propias intuiciones y solo necesitaba a alguien con quien compartir el infierno al que estábamos a punto de llegar. O quizá esto es solo mi modo de justificar cómo es posible que, en poco menos de tres años, me haya visto envuelta en dos crímenes donde los muertos eran gente que conocía demasiado bien.

Intento convencerme de que no tiene nada que ver conmigo, de que he cumplido con mi trabajo y nadie me debería pedir que haga más de lo que ya hago, pero mi autoexigencia siempre fue el peor de mis látigos, así que me golpeo con él hasta que dudo de si soy o no cómplice de esta nueva muerte.

12 Tenía solo diecisiete años... Me repito la cifra una y otra vez. En voz alta. Como si con ello pudiera desgastarla y robarle su gravedad. La escupo con rabia, intentando vaciar el número de su significado y olvidar que, en el horizonte de la víctima, aún estaba todo por hacer. Lo vivido no era más que una minúscula parte de lo que le restaba por vivir. Si no nos hubiésemos conocido, el dolor sería muy diferente. Se trataría de un malestar pasajero, como el que nos provocan todas esas víctimas anónimas que aparecen en las noticias y con las que solo empatizamos durante el escaso tiempo que mantienen su protagonismo, justo hasta que otro nuevo suceso ocupa su lugar en los titulares. Pero aquí el dolor tiene rostro. Peor: tiene voz. Porque cuanto más miro esta imagen, con mayor claridad me parece escuchar sus palabras la última vez que hablamos aquí, en mi despacho. Solo unos días antes de que esta madrugada se rompiera todo y la llamada de la policía me hiciera dudar de nuevo de cuanto hago y hasta de cuanto creo.

Y creo, o quiero creer, que hablar ayuda. Que dialogar construye. Que el progreso es posible. Me repito mis tres mandamientos –los mismos que me llevaron a estudiar Psicología– como un mantra que, en este amanecer

insoportablemente sórdido, no consigue calmarme. Porque solo puedo recrear en mi cabeza, en un bucle infinito, la imagen de un cadáver adolescente reventado a golpes que desdice todo aquello en lo que yo necesito confiar.

Suena mi móvil y, en la pantalla, aparece el nombre de Víctor.

No lo cojo.

El teléfono sigue sonando.

No voy a cogerlo.

Un par de tonos más.

Y cesa.

Al fin.

Lo siento, Víctor. Ahora mismo no puedo. Ahora necesito afrontar sola mis propios demonios para saber qué voy a decirle a la policía cuando hable con ellos. Ya me han dicho que quieren que nos reunamos lo antes posible para inundarnos de preguntas. Deben de estar también llenos de dudas. Tantas como nosotros, pero mucho menos personales.

De momento, solo sé que este domingo transcurrirá con dificultad, que tendremos que pensar cómo vamos a abordar esta semana cuando lleguemos mañana al club y debamos retomar los entrenamientos, que no nos resultará fácil reinstaurar la calma entre sus compañeros y que, en mi caso, cuando llegue la noche me será imposible conciliar el sueño. Cada vez que intente cerrar los ojos, veré su cuerpo. Construiré la escena con los datos precisos, escasos pero tristemente suficientes, que me ha facilitado la inspectora.

Tirado en el suelo, recibiendo los golpes de quien sea que ha acabado con su vida. Todo ha ocurrido hace solo unas horas, en la madrugada del sábado 9 a este domingo 10 de diciembre, en medio de un puente donde los chicos del club se disponían a olvidar un partido nefasto –el peor y, a la vez, el más importante de la temporada– y a celebrar que habían terminado, por fin, los exámenes de la primera evaluación. Según la inspectora –juraría que me ha dicho que se llamaba Andrea–, fechas como esta favorecen episodios así a causa de un mayor consumo de alcohol o drogas. Me ha costado seguir su discurso al oír cómo se expresaba con esa frialdad y me he llegado a preguntar si tenía derecho a calificar este horror como «un episodio». El informe forense preliminar, por lo poco que me ha detallado, habla de lesiones occipitales, de un traumatismo cerebral severo que ha acabado siendo irreversible, de la posibilidad (no confirmada) de que hubiera más de un agresor, del uso de un objeto contundente que no ha sido hallado y, por último, también de ensañamiento con la víctima.

No disponen de testigos ni de pruebas físicas que señalen a los posibles autores del crimen. No había nadie en el parque y la gente del barrio niega haber visto o escuchado nada sospechoso. La policía tan solo posee la certeza de que fue una muerte cruel y dolorosa. «Puede que motivada por una estupidez», ha apostillado Andrea –sí, se llamaba Andrea–, y he sentido que me recorría un escalofrío al escuchar cómo asociaba la violencia con ese concepto de lo nimio. De lo intrascendente. Me provoca

una desazón terrible relacionar la gravedad de la muerte con la insignificancia de lo cotidiano, seguramente porque ese mal banal y próximo es el más abundante y, tal vez, el más peligroso. Ese mal está tan cerca que ni siquiera somos conscientes de lo sencillo que resulta caer en él, cumplir sus normas y formar parte, voluntaria o involuntaria, de sus rituales.

Apenas han pasado seis horas desde el asesinato y solo dos desde la llamada. Me temo que voy a necesitar mucho tiempo para asumir los hechos. Pero no voy a conformarme con descender sumisa a este infierno que acaba de abrirse ante mí. Pienso adentrarme en él, sí, pero lo haré para encontrar la verdad por mucho que llegue a dolerme, porque solo si miramos de frente a nuestros demonios, podemos conseguir que desaparezcan.





**Primera parte**

**Los gritos**



Ahora



—Puedes sernos de mucha ayuda, Emma.

—¿Estás seguro?

Esa pregunta fue mi única respuesta a su llamada en junio. No esperaba que fuera Víctor quien me ofreciese un trabajo dos años y medio después de haber abandonado el mío.

—Claro que estoy seguro. Te conozco bien.

En eso sí que tenía razón. Más de veinte años de amistad y confianzas, desde que no éramos más que dos adolescentes idealistas con ganas de cambiar el mundo hasta ahora, ya entrados en los cuarenta y con la única certeza de no haberlo cambiado.

—¿Qué se supone que tendría que hacer allí?

—Básicamente, asesorar a mis jugadores juveniles. Te encargarías de ayudarles a aliviar el estrés con el que conviven tanto durante el curso como, especialmente, en la época de competiciones.

—¿Hasta este curso no había nadie que se ocupara de eso?

—Esther, nuestra médica.

—¿Y entonces?

—Ella hace lo que puede, pero ni es su especialidad ni tampoco le sobra tiempo.

—¿Y por qué no habíais contratado a nadie?

—No se trata de un puesto habitual. Al menos, no en estas categorías... Y al club no le sobra el dinero. En el Stark sobrevivimos como podemos.

—¿Entonces? ¿Por qué crearlo precisamente ahora?

—Antes no eras tan desconfiada —se rio Víctor al otro lado del teléfono.

22

—Sí que lo era, pero a lo mejor tú no te dabas cuenta...

—Lo hemos creado porque este año los resultados han sido algo mediocres. Y sé que pueden ir mejor. Es más, Emma, necesitamos que vayan a mejor... Nuestra situación es delicada. Como puedes imaginar, no hay mucho dinero para el waterpolo y, menos aún, para un club como este... No nos estamos jugando un campeonato, sino la supervivencia del Stark.

Me costó acostumbrarme a escuchar ese nombre sin imaginarme a todo un ejército de norteros con el emblema del lobo luchando entre caminantes blancos y dragones por el Trono de Hierro, pero Víctor despejó mis dudas y me reveló que el nombre era muy anterior al fenómeno épico de George R. R. Martin y que, cuando llamaron así al club, solo buscaban una palabra que fuese sonora y fácil de memorizar. Por eso escogieron ese adjetivo del alemán, porque les gustaba tanto su fonética como su significado ('fuerte'). ¿Qué cualidad mejor para un club

de natación que pretendía erigirse en la nueva gran promesa del waterpolo nacional?

—Estarás bien con nosotros, Emma —intentaba convencerme Víctor—. Y lo harás aún mejor.

Dudé. Valoré mis opciones. Desde el primer momento, sentí el impulso de decirle que sí. Pero no sabía si al final se impondrían mis deseos o mi miedo.

—No es mi especialidad —me excusé.

—¿Y qué? Llevas años tratando temas mucho más complicados...

—No con adolescentes.

—Adolescentes, niños, adultos..., qué más da. Somos todos iguales.

—No, Víctor, no lo somos. ¿O ya lo has olvidado? No hace tanto que tuvimos dieciséis.

—¿Seguro que no? Porque siento que hubiera pasado una eternidad.

Fue una conversación muy larga. Estuvo algo más de una hora al otro lado del teléfono repitiéndome que sería capaz de hacerlo, hasta que agotó mi resistencia y, tras pensármelo durante unos días, le devolví la llamada y accedí. Quizá porque supo llegar hasta ese pequeño reducto de mi nostalgia, apelando a los días en que aún no habíamos cumplido los dieciocho y ambos vivíamos en Santander, junto a ese mar que Víctor tanto dice echar de menos desde que se mudó a Madrid. Los días en que los dos nos saltábamos la última hora para hablar de cualquier cosa en el parque que había un poco más allá de nuestro instituto. O quizá solo accedí porque necesitaba

una excusa para huir de mí misma y, de pronto, la idea de estrenar ciudad y trabajo era lo que más se aproximaba a esa ansiada fuga.

24 En cuanto le dije que sí, los dos decidimos que me incorporaría a principios de septiembre, justo con el inicio del nuevo curso, de modo que tuviera todo el verano para cerrar lo que pudiera quedarme pendiente en Santander. Tampoco había gran cosa que me atara allí, salvo unos padres con una salud de hierro que se alegraron de verme de nuevo activa, un hermano mayor feliz en su prolífica paternidad, y una relación de pareja que había empezado a languidecer al poco de iniciarse. Así que, a mediados de agosto, hablé con Sara –ambas sabíamos que aquello, más que una ruptura, era una liberación–, alquilé mi pequeño apartamento –ni siquiera nos habíamos decidido a compartir espacio–, hice las maletas y me vine aquí, con el deseo de ayudar a Víctor y la duda de si no sería él quien estaba intentando ayudarme a mí.

No me había alejado de casa durante tanto tiempo desde los años de la universidad, desde aquel Erasmus que Víctor y yo compartimos en Berlín –cómo no iba a acabar fundando un club con un nombre alemán– y que fue el principio de tantas cosas. De sus decisiones de futuro. De mi respuesta de presente. De averiguar quiénes éramos mientras disfrutábamos, sin más conciencia que la del ahora, de quienes estábamos siendo. Ya en el tren, me preguntaba si Víctor me habría ofrecido el trabajo alarmado por la pasividad en que me hallaba desde que



mi vida se detuvo aquel febrero. El 3 de febrero de 2015. Una fecha que me acompañará siempre y con la que luché para mantenerme a flote cuando las pesadillas y los remordimientos amenazan con volver a hundirme. Después de ese febrero vino la desolación, la parálisis, la incapacidad de hacer nada que no fuera compadecerme. Y sin Víctor, sin esa amistad con la que no han podido ni el tiempo ni la distancia, no sé cómo habría encontrado las fuerzas para levantarme de la cama.

Se supone que tú eres la psicóloga, me decía él, y yo le explicaba que no podemos sanar nuestras propias heridas, que el sistema tampoco nos da los medios ni los recursos para que alguien lo haga mientras nosotras enfrentamos realidades que, a menudo, nos superan. Conté con él, con sus llamadas por Skype, con su presencia al otro lado de la pantalla y con algún que otro viaje sorpresa que lo traía desde su Madrid a nuestro Santander en alguno de los escasos fines de semana que las competiciones de sus chicos lo dejaban libre. Así que, cuando me ofreció este trabajo, sospeché que se acababa de inventar un puesto para mí, un lugar desde el que la acción me permitiese superar mi crisis.

—Por eso no podía funcionar lo nuestro —sentenció Sara cuando le dije que me venía a Madrid—. Porque, en realidad, jamás estuviste aquí conmigo.

No sé si tenía razón en su reproche, pero decidí alojarlo en ese rincón donde, de momento, voy a guardar todo lo que no resulte urgente. Todo lo que no tenga que ver con la muerte que nos comunicaron ayer y que ha

acabado con la apariencia de normalidad de esta nueva etapa que inicié a finales de agosto.

—¿Qué te parece si celebramos el año nuevo juntos, Emma? —me propuso Víctor en cuanto supo que me había instalado en mi nuevo y pequeño apartamento en Malasaña.

—Me parece perfecto.

26 No era la primera vez que lo hacíamos. Ya en el instituto nos inventamos aquella tradición y cada 31 de agosto nos juntábamos para tomar unas cervezas y brindar por el año nuevo. Era algo que solo nos pertenecía a nosotros, un ritual que nunca quisimos compartir con nadie y que nacía de nuestra manía de contar el tiempo de septiembre a septiembre, incapaces de seguir ese criterio artificial y arbitrario que marcaba en enero el supuesto inicio. Mi vida se mide con precisión escolar desde que era una cría, porque mi año empieza a la vez que estreno cuadernos y agendas, justo en esos días en que aún no hemos perdido esa sensación de primera página, esa seguridad de que todo está por hacer que los demás meses querrán arrebatarnos.

Intenté preparar algo de cena para estrenar mi piso. Quemé dos opciones diferentes de menú y, tras recurrir a la comida a domicilio, me ocupé, eso sí, de elegir un buen vino con el que brindar con Víctor por un septiembre que preveía aún más excepcional que los anteriores.

—Por el nuevo año, Emma.

—Por el nuevo año.

Fue un brindis raro, porque mientras nos mirábamos a los ojos —sí, soy de las que piensa que da mala suerte no hacerlo— noté algo extraño en su mirada. Algo que no tenía que ver con la emoción de estar de nuevo juntos, ni con las ganas de trabajar en el mismo equipo. En su gesto había un halo de inquietud, una expresión que me recordó a las sombras que me he acostumbrado a identificar en mis pacientes tan pronto como entran en mi consulta. Esa niebla en la que ocultamos aquello que sabemos pero que no nos atrevemos a expresar, conscientes de que, en el mismo momento en que lo verbalicemos, nuestros monstruos se habrán hecho reales.

—¿Va todo bien, Víctor?

—Va... Y ahora, contigo por aquí, irá mucho mejor.

Los números, pensé, que siguen sin salir. Víctor me había contado que el club se financiaba gracias a dos fuentes básicas: los ingresos de las clases de natación que daban a las familias del barrio y las donaciones del patrocinador del equipo masculino de waterpolo, que dejaba unas cantidades exiguas —aunque imprescindibles— para la vida de la asociación. Tampoco los ingresos de las clases parecían estar asegurados. Habían llegado a un acuerdo con el ayuntamiento hacía más de cinco años, un trato por el que les cedían el uso del polideportivo a cambio de cuidar las instalaciones y les permitían dar esas clases como medio de autofinanciación.

—Todo escaso y todo insuficiente, Emma —se lamentaba Víctor, consciente de que si la suerte del Stark no cambiaba, era posible que acabase muriendo. Cansado de

quejarse, intentó cambiar de tema y, con ello, confirmó mi sospecha: su mirada, esa noche, ocultaba algo—. ¿Sabes que a veces añoro mucho el mar?

—¿En serio? —fingí interesarme.

—Sí. Pero es lo que hay...

—Nunca fuiste alguien conformista, Víctor. Podrías empezar algo nuevo allí, cambiar de trabajo...

—Mi trabajo es lo de menos. Eso ya sé que puedo cambiarlo... Pero el club, no. Presidirlo no me da de comer, pero es lo más importante de todo lo que hago.

28

—Me consuela saber que sigues siendo el mismo.

—No lo sé, Emma... El tiempo siempre lo cambia todo.

—Sabes que no es verdad. El tiempo solo cambia lo que nosotros dejamos que cambie.

Su única respuesta fue servirme un poco más de vino y buscar algo de música ochentera en el Spotify. Intentó callarme gracias a la nostalgia, aprovechándose de la complicidad del *Sweet Dreams* de Eurythmics, uno de nuestros temas favoritos de entonces. Puede que en nuestra singular cena de fin de año ya debiera de haber notado que algo no iba bien, pero necesitaba demasiado un cambio en mi vida como para centrarme en lo que no funcionaba. Al revés, decidí alejar cualquier indicio negativo para asumir con optimismo la etapa que se abría ante mí.

—Va a ser un gran año, Emma. Ya lo verás.

Víctor siempre ha sido el más vitalista de los dos. Desde los tiempos del Bachillerato, en que nos pregun-

tábamos qué camino podíamos seguir para aportar algo trascendente (sí, nosotros decíamos *trascendente*) a la sociedad. No sé si éramos unos idealistas, unos arrogantes o, sencillamente, unos imbéciles, pero así fue como él acabó dedicándose a labores sociales y deportivas –dentro y fuera de su tiempo de ocio– y yo, a la psicología. De algún modo, ambos encaminamos nuestras trayectorias profesionales hacia ámbitos donde queríamos saber que lo que hacíamos significaba algo, pero la gravedad de ese significado es lo que ahora nos hace dudar de nuestra capacidad. Y hasta del porqué de lo que hacemos. Entre las facturas sin pagar de su club y las vidas sin arreglar de mi consulta se suman más fracasos que éxitos, aunque imagino que la vocación –o la cabezonería, no sé, ya ni siquiera las distingo– hace que los segundos se impongan a los primeros. Al menos, así era en mi caso, hasta ese maldito 3 de febrero.

29

De algún modo, intuyo que la misma losa del fracaso que me ha detenido a mí –maldito febrero y maldita culpa– amenaza ahora con detener a Víctor, cansado de darse de bruces con instituciones que no lo apoyan en su defensa del deporte de base.

—Este club es la única opción de muchos de estos chicos —me dice—. Son extraordinarios en lo suyo y por eso estudian en el Zayas, que es uno de los pocos institutos que hay para deportistas de alto rendimiento. Pero si el club se cierra, la mayoría de mis chicos no tiene ni dinero ni medios para irse a uno privado. Tendrían que dejar lo

único que les apasiona y lo que mejor saben hacer. Tú no sabes cómo son las cosas en este barrio...

30 Por eso me llamó, no porque quisiera salvarme de mí misma, sino porque creía que si me rescataba a mí, también se salvaría él. Somos víctimas de aquel idealismo de nuestros dieciséis, cuando íbamos a un instituto seguramente muy parecido al centro donde ahora estudian sus jugadores, aunque no fuera para deportistas ni yo tuviera cualidades para pertenecer a élite alguna. Víctor sí las tenía y llegó lejos en el waterpolo, hasta que una lesión se interpuso entre la persona que había soñado ser y la que realmente ha acabado siendo. De algún modo, es como si al entrar en los cuarenta, los dos hubiésemos empezado a sentir que la carga de lo que no hemos logrado amenaza con robarle el sentido a las elecciones que tomamos entonces, cuando teníamos quince, o dieciséis, y, a pesar de que pudimos escoger ser alguien diferente, decidimos construir las personas que hoy somos.

Esta noche de domingo, mientras intento asimilar todo lo vivido estos meses y me persigue la imagen de un cadáver reventado a golpes, solo me pregunto si aceptar este trabajo no fue más que otra mala elección que sumar a mi lista.